

Resumen: El trabajo presenta las principales ideas del pensador argentino Alejandro Korn en torno a la educación universitaria y el rol de las Humanidades. Korn apoya discursiva e institucionalmente los proyectos de Reforma Universitaria, pues ve allí la posibilidad de construir una nueva Universidad, capaz de construir los saberes que pueden trascender la lógica positivista.

Palabras clave: Alejandro Korn, filosofía, nación, Universidad, reforma estudiantil

“Lo vetusto subsiste por la ley de la inercia si un impulso poderoso no lo derrumba. Impulsos no faltan, pero sí el decisivo, el soberano capaz de barrer con los escombros. Abundan las tentativas; el péndulo oscila entre la actitud escéptica que acoge toda afirmación su mueca despectiva y las aberraciones del misticismo sectario, no siempre sinceras. En el terreno político, social y filosófico lucha un pasado que no acierta a morir, con fuerzas incipientes que no logran cuajar” (1949s: 201)

Korn ante los nubarrones. En 1983, Gregorio Weinberg retoma un prólogo escrito décadas atrás al libro *Las influencias ideológicas de la evolución nacional*, escrito por Alejandro Korn. En su reescritura, Weinberg suplementa el texto con una decisiva conclusión. Las peripecias y frustraciones que ha vivido el país demuestran, según considera, la sagacidad de las intuiciones y advertencias de Korn. Lo dicho en su libro, acerca de la incapacidad de Argentina para renovar las ideas con las cuales afrontar el siglo XX parece haberse confirmado tras una larga dictadura. Para Weinberg, por tanto, la importancia lectura de Korn trasciende, para Weinberg, la erudición académica. Antes bien, ante lo que la dictadura y su futura finalización exige pensar, Korn podría orientar en un presente que necesita para repensar críticamente, desde el pasado, el porvenir de la nación: *“Parece hoy una necesidad para aventar nubarrones y pesadillas, para recuperar horizontes y esperanzas, y también como requisito para que la*

inteligencia argentina rescate aquel signo -crítico y creador a un tiempo- que siempre caracterizó sus manifestaciones más sobresalientes y fecundas” (Weinberg, 1983: 26).

Con este gesto, Weinberg se opone de modo algo implícito a una larga tradición de lectores argentinos de Korn que han tendido a leer su obra como una especulación filosófica ajena a los vaivenes políticos simultáneos a su escritura. Evidentemente, es Francisco Romero quien, al trazar su obra como un antecedente de la normalización filosófica, dibuja su figura como de la de un hombre algo ajeno a las discusiones políticas de la época. En decisivo prólogo a las Obras Completas de quien nos interesa, lo describe como quien mira pasar los acontecimientos con serenidad, sin particular adhesión por uno u otro movimiento. Así, señala que bien conoció a los hombres en *el apasionamiento turbio del conflicto político* (1949: 10). Con ello, Romero pone a Korn en un sitial superior ante una coyuntura a la que toca sin ser tocado, subordinando su posicionamiento como político a la supuesta pureza de su saber filosófico. Ajeno al entusiasmo de la coyuntura, la trasciende con filosofía. De los hechos, escribe Romero, saltaba a los principios, como si éstos pudiesen pensarse sin los hechos circundantes. Como bien cuestiona Ramaglia (2007), tal recorte de las preocupaciones sociales y políticas de Korn, ligada a una concepción de la filosofía como saber teórico puro en la obra de Romero, soslaya que las preocupaciones conceptuales de Korn por la libertad son parte de ciertas reflexión histórica.

Contra ese tipo de lecturas, huelga recordar los múltiples compromisos y militancias que Korn adquiere en su vida, y también cómo sus ideas se despliegan en el marco de las polémicas políticas y culturales de la época, particularmente su apoyo a los procesos de reforma estudiantil, los que creemos que deben comprenderse con las ideas de Korn sobre la nación y la educación, en el marco de las reflexiones acerca de la nación y del nacionalismo cultural que, según señalan, respectivamente, Romero (1983: 65) y Altamirano y Sarlo (1997: 161), se establecen como ejes de la discusión en el Centenario.

En ese marco, Korn traza un astuto y sinuoso movimiento consistente en contraponer la pobreza de su presente a lo forjado a mediados del siglo XIX, para retomar la energía decimonónica con la finalidad

de construir una segunda centuria de historia argentina que supere lo lograda por la primera. Lo que se debe imitar de los pensadores del siglo pasado, para Korn, no es su obra, sino el impulso renovador que han tenido para transformar su presente. Lo cual implica, en el presente de Korn, transformar el país heredado desde el siglo XIX, tras la falta de inventiva de las últimas décadas de aquella centuria. Y es que, según Korn, lo que ha de rescatarse del pasado argentino no es, como lo habría querido cierto nacionalismo, una tradición ya dada, basada en una identidad inmutable. La descripción del interior, en la novela antes citada, expresa que el mundo rural no podría imaginarse como un espacio de resguardo ante la decadencia de la ciudad. De lo que se trata, por tanto, es de imaginar, y construir, otra modernidad. Para ello, explicita Korn en un texto de crucial nombre, “Nuevas bases”, que debe pensar con y contra Alberdi (1949: 203). Para habitar esa tensión doble vinculante, Korn, además de insistir en la productiva ambigüedad de toda herencia, lee a Alberdi de todo harto singular. A diferencia de una larga y aún viva estrategia que ha tendido a leer a Alberdi y sus contemporáneos al alero del romanticismo, para Korn su obra es, más bien, fruto de un positivismo autóctono de Argentina. Esto es, de un proyecto que, a partir de la consideración de las circunstancias nacionales y las tareas que imponen al pensar, busca construir el progreso técnico necesario para el nuevo orden. En su madurez intelectual, describe Korn, para Alberdi la economía es la prioridad. Por ello, argumenta, en una afirmación tan curiosa como discutible, que, sin conocer a Marx, Alberdi llega a a las mismas conclusiones que las del materialismo histórico (1949: 361). Con ello, habría liderado un modo de desarrollo que se habría difundido por la nación, y por las posteriores generaciones. Incluso quienes no han leído al positivismo son positivistas, por la decisiva influencia que han tenido en el modo de comprensión del país como una realidad económica (1949: 703).

Lo que fue positivo de ese influjo luego resulta problemático, puesto que la posterior generación no logra renovar el proyecto hacia nuevos valores que puedan relevar, y no perder, lo logrado. Junto con la economía nacional resulta imprescindible construir, para Korn, una cultura nacional. Esto es, un orden

de ideales compartidos por quienes conviven en el país. La gesta de Alberdi es, para Korn, necesaria, pero no suficiente para proyectarse hacia el siglo XX. En su obra falta, siguiendo su argumento, el complemento idealista del realismo económico (Korn, 1949: 526). Su crítica al singular positivismo alberdiano deviene entonces la base para proponer otro desarrollo nacional. En esa línea, su crítica al positivismo no se limita a cuestiones teóricas. Antes bien, con ello busca imaginar, con otra filosofía, otra nación. Lejos de desechar la importancia del avance científico para el desarrollo económico, Korn busca complementarla, siguiendo la lúcida lectura de Terán (2015: 205), con otros valores que puedan regir el progreso. La falta de esos valores, ante el economicismo imperante, es la que genera una crisis tan profunda que no es capaz, siquiera, de dar con la pregunta que le falta. A saber, la de la finalidad no económica del desarrollo económico: *“Es un espectáculo raro ver a esas generaciones resueltas a conquistar en lucha sin tregua todas las libertades -política, económica, intelectual- negar asimismo la libertad intrínseca del hombre. Al propio tiempo, persiguen un ideal humano y abrigan la esperanza de realizarlo sin un principio normativo de la conducta”*. (1949: 211)

Dentro de las posiciones políticas de su presente, Korn no halla ningún proyecto que pudiera construir esos nuevos ideales. También la propuesta socialista de su admirado Juan Bautista Justo le parece subsumida al economicismo que critica. Frente a ello, Korn progresivamente toma partido por una comprensión ética, y no solo económica, del socialismo. Esa pregunta por los valores, pese a sus deseos, no es compartida por otros filósofos cercanos al socialismo. A José Ingenieros, cuya obra también valora, critica su olvido de la distinción entre arte, ciencia y metafísica (1949: 601; cfr. Ramaglia, 2001: 237). Es decir, su adhesión al positivismo que habría que superar dando a la ciencia su verdadero valor: El de un saber imprescindible pero incompleto, puesto que debe ser suplementado con valores de los que, según diagnostica, Argentina carece. En esa falta se genera un vacío en el cual, describe críticamente, pueden colarse ideologías ajenas, a las cuales han de oponerse los valores argentinos que puedan guiar el nuevo desarrollo nacional.

Una amable ironía impropia. Es claro que lo recién dicho podría ser suponer cierta posición nacionalista por parte de Korn. Más aún si recordamos, en el marco de un singular texto sobre el valor filosófico de la lengua quichua, su celebración de la obra de Ricardo Rojas como la de quien contribuye a despertar en el pueblo la conciencia de la nacionalidad. Sin embargo, la distancia de Korn ante posiciones anticosmopolitas como la de Rojas puede notarse en ese mismo texto. Ahí donde podría destacar una lengua prehispánica en nombre de un origen cerrado a los contactos con otras lenguas, Korn rescata, por el contrario, la plasticidad de una lengua que rescata, no por estar dentro de sus fronteras, sino por su capacidad de traspasar fronteras. Puesto que genera los mecanismos aglutinantes mediante los cuales el quichua permite superar los límites que otras lengua imponen a la capacidad de expresar la plasticidad del pensamiento, la importancia de esta lengua no radica en su capacidad de mantener una identidad. A la inversa, está en su capacidad de pensar más allá del principio de la identidad del hablante: *“Es un problema interesante determinar si los moldes habituales del lenguaje cohíben la enunciación del pensamiento y cómo las conclusiones especulativas de una cultura filosófica superior salvan las trabas de una terminología preformada. Cuán difícil es, por ejemplo, representar la actividad sin agente, cuando por imperio del idioma cada verbo ha de referirse a un sustantivo, sobre todo cuando el hombre es, como en nuestros idiomas, el elemento dominante. Una concepción dinámica exigiría más bien el predominio del verbo para emanciparnos de las imágenes espaciales y estáticas”.* (1949: 719)

El quichua, sostiene en el texto recién citado, puede ayudar ante esa dificultad universal, ya que es más dinámica que otras lenguas. Su valor, por tanto, radica en ser más universalizable que ellas. Y es que el conocido deseo de Korn de constituir una filosofía argentina no se traduce en proyecto de un saber ya dado y cerrado -una *filosofía pampeana*, siguiendo su irónica escritura-, pues busca, más bien, forjar un saber que asuma su situación abierta al mundo como parte de las circunstancias que le tocan por pensar. Por ello, escribe a Taborda que cuando refiere a la tierra no piensa en el planeta, sino en la

circunstancia argentina (1949: 647). Es crucial, en esa nota, el empleo de la idea de circunstancia, pues no delimita, de antemano, el tiempo y espacio del pensar. Antes bien, refiere de la condición histórica desde la cual arranca el pensamiento para trascender su tiempo y espacio. Antes que afirmar que su filosofía argentina, por así decirlo, recuerda que la de Kant es alemana. Contra quien pudiera considerar la ubicación circunstancial resta dignidad filosófica a un saber, Korn afirma que toda filosofía es siempre situada. De ahí que, siguiendo su argumento, siempre exista más de una filosofía, y que todas se vinculen a cierta formación étnica (1949: 300). Es desde ese carácter situado que la filosofía puede aspirar a una universalidad que, por surgir de un tiempo y espacio singular, jamás podría alcanzarse de modo concluyente. No se trata, entonces, de hacer una filosofía argentina sin perder la universalidad, puesto que hacer filosofía argentina es, para Korn, el modo de atender a la universalidad.

Siguiendo esa línea, su tentativa de retomar la preocupación de Alberdi por lo circundante poco tiene de nacionalismo filosófico. Que solo se pueda filosofar desde un lugar no significa que lo aprendido valga de forma exclusiva para ese lugar, o que ese lugar pueda pensarse sin las ideas sobre el lugar. Antes bien, las ideas -como las que Korn desea forjar- reelaboran ese lugar en su apertura a lo que lo trasciende. En particular, dado que la nación que supone Korn se ha caracterizado por su apertura a otros discursos, y su capacidad de transfigurar tales discursos para formar, desde un préstamo que asume sus necesidades, un saber local. El carácter étnico de la filosofía argentina resulta, entonces, el de una cultura que no se basta a sí misma, puesto que siempre reconfigura lo extranjero. No podría negarse al diálogo con el mundo europeo porque, en el fondo, los argentinos también serían europeos (1949: 498). Su saber propio, por ende, no supone una propiedad ya delimitada, debido a la infinita apertura a lo impropio. El error, según rubrica, no está en pensar los problemas abstractos de la filosofía europea, sino los concretos desde los cuales, en Argentina, se lee la filosofía. Así, la pregunta no es la de si se debe leer o no a los autores europeos. Antes bien, es la de cómo hacerlo, y lo que Korn responde es que una lectura rigurosa es la que es capaz de valerse de ellos, adecuadamente, para

construir un nuevo saber que no asuma, a críticamente, los posicionamientos ya dados en los debates europeos. Su impaciencia ante estos últimos, como bien argumenta Alfonso Reyes (1991: 162) no se explica por una pretensión de no leer más que a autores del país, sino por su interés en construir una filosofía más aplicada que especulativa, y allí las circunstancias imponen sus condiciones.

Desde los mejores pensadores del siglo XIX, el trabajo de la inteligencia argentina ha sido la de leer y trastocar discusiones mundiales para la coyuntura argentina. El pensamiento universal, gráfico el argentino, ha de revestir su forma específica a partir de los valores de la libertad que ha guiado, desde la Independencia, a la nación argentina (1949: 198). Lo cual, por cierto, no significa que siempre se haya deseado lo mismo, puesto que la noción de libertad en juego ha cambiado, y seguirá cambiando. De ahí la importancia de cierta plasticidad intelectual, con que ha de leerse tanto el pasado nacional como la filosofía contemporánea europea. Anticipando a quienes sostendrán, décadas más adelante, que la filosofía en Latinoamérica ha sido simplemente parasitaria de ideas que imita, Korn explicita que en la lectura no hay parasitismo ni imitación simple, pues se impone la necesidad de recrear las ideas, incluso cuando ni siquiera el lector la nota: *“al artículo importada le imprimimos nuestro sello. Si a nosotros se nos escapa, no deja de sorprender al extranjero que nos visita; suele descubrirnos más rasgos propios -buenos o malos- de cuanto nosotros mismos sospechamos”* (1949: 29).

De modo predecible, para Korn los pensadores argentinos después de Alberdi no han logrado construir un sello a la altura de las cuestiones del presente. Si bien destaca al movimiento novescentista, señala que, pese a sus correctos embates contra el positivismo, no supo hacia dónde avanzar. Al no comprender bien su situación, no pudo proyectarse más allá de ella. Esa falta de claridad le permite analogar la búsqueda de personalidad propia del pensamiento argentino con los personajes de Pirandello (1949: 41). Así, la disconformidad con el positivismo no resulta suficiente para superarlo. Para ello, resulta urgente la construcción de otro proyecto de cultura. Es ahí donde resulta fundamental la educación, la que Korn comprende como el espacio de transmisión de los valores que se desean

transmitir, y de una forma coherente con dichos valores. Sin ello, parece imposible imaginar, en la hondura de la crisis, su superación.

Minerva contra el profesionalismo. En esa línea, Ángel Rama sitúa (1998: 88) a Korn dentro de los filósofos-políticos-pedagogos que, a principios del siglo XX, aspiran a una superpolítica educativa. Con ella, buscan mediar entre la semántica de la cultura y las prácticas políticas a partir de una transmisión del discurso humanista que pueda dirigir el futuro orden político. Al igual que varios de sus contemporáneos, es en la Universidad donde Korn enfatiza su preocupación, a partir de su cuestionamiento a la desconexión entre la Universidad y la cultura nacional. Crítico de una Universidad que considera anquilosada institucionalmente y mediocre académicamente, Korn no escatima recursos conceptuales o retóricos frente a ella. Por ejemplo, en un texto en el que cuestiona la centralidad que poseen los exámenes en la vida académica, ya que considera que generan un estudiantado más interesado en aprobar que en aprender, parte afirmando el supuesto, que dice que se cree que no puede ser más que una ilusión, de que debe haber cierto vínculo entre la Universidad y la cultura. Sobre el final del texto, sin embargo, ironiza escribiendo que el texto en cuestión ha sido un ejercicio literario que no habría de tomarse en serio, puesto que la Universidad argentina se mantiene en el trillado sendero que la limita a examinar y otorgar títulos, sin relación alguna con la cultura (Korn, 1949: 686). Y es que la institución universitaria, según cuestiona, es tan carente de nuevos bríos que incluso ahoga a quienes podrían traerlos. De esta manera, antes que el espacio del nuevo saber, lo figura como una vetusta institución burocrática: *“Cuando el ingeniero Marotta dice “Universidad”, se levanta de su imaginación una visión, la visión majestuosa de Minerva tocada con su casco y alzando en la diestra la antorcha de la sabiduría. Cuando yo digo “Universidad”, la imagen que se presenta a mi mente es muy distinta; la imagen que se me ocurre es la de una sala de recibo, presuntuosa y mediocre, y de unas cuantas covachuelas oficinescas, en las cuales, sin duda, no se alberga Minerva, cuanto más digamos la lechuza de Minerva”* (1949: 704)

Quizás lo más problemático del diagnóstico de Korn es que cree que también el aula se ha transformado en otra oficina, con la triste finalidad de evaluar y aprobar. Nada subsiste allí del amor al saber, puesto que también en la Universidad se ha impuesto el positivismo que calcula en torno a medios, olvidando que los fines de la Universidad debieran ser irreductibles a la utilidad económica. Pese a ello, el utilitarismo imperante antepone el interés al saber, bajo la ley de la economía. Puede pensarse que ninguna institución sufre más el positivismo, y es tal vez por eso que es esa institución la que ha de liderar la reforma contra el positivismo. Korn, por ello, defiende con firmeza el proceso de Reforma Universitaria, la cual comprende como un signo de los nuevos tiempos. De hecho, al asumir su Decanato, señala que la Reforma no ha de verse como un momento aislado, ya que es parte del movimiento de renovación de la humanidad que se manifiesta también en los nuevos movimientos en la literatura o el arte que inquietan el antiguo orden (1949: 654).

El carácter crítico de la modernización de las nuevas tendencias culturales permite recuperar, dentro de las aulas, la inconforme mirada crítica que la Universidad no podría sino tener. El proceso reformista, por tanto, es interpretado como parte de una tendencia irrefrenable, propia del espíritu crítico que ha de mover a la Universidad. Por así decirlo, para Korn la reforma es un movimiento inmanente a toda Universidad que se precie de ser tal, y necesario para toda nación que busque refundar sus valores. Una vez asegurada la independencia política y logrado algún desarrollo económico, debe asumir la dirección de la construcción de una nueva cultura. En varios pasajes, en efecto, analogía la Reforma a nada menos que la Revolución de Mayo (por ejemplo, 1949: 662). La analogía es crucial, puesto que no solo remite a la constitución de un nuevo orden, sino también a una gesta heroica ante las resistencias del mundo antiguo. Así, Korn traslada cierto vitalismo filosófico a la afirmación de la juventud que, con tono americanista y antioligárquico, se impone en la época de la Reforma.

Ante su desconfianza ante las viejas generaciones, Korn deposita su confianza en el idealismo de esa juventud reformista. Siguiendo a Graciano (2008: 73), confiaba en ella como un foco de renovación de

las ideas políticas y estéticas capaz de renovar el materialismo y el positivismo imperante. Y es que sin una reforma radical, tanto en las instituciones como en las ideas, no se abre la posibilidad de fundar una Universidad nueva, y así una nueva relación entre la Universidad y la cultura nacional. Con el movimiento por la Reforma, de acuerdo a Halperín (1962: 138), se presenta la idea de que la Universidad ha de hacer algo más que formar profesionales. De acuerdo a los deseos reformistas, ha de transformarse en un espacio crítico de construcción de ciudadanía, capaz de poner los medios profesionales al servicio de fines nacionales. Con ello, se traza cierta tentativa de situar a la Universidad en el centro de la modernización, y de abrirla a nuevos sujetos y saberes, con los cuales imaginar una Universidad del todo distinta, liberada de la mirada instrumental. Korn se vale de ese ímpetu para proponer nada menos que la disolución de la Universidad, la que aspira a dividir entre espacios de formación técnica e institutos de altos estudios, otorgando prioridad a estos últimos. Incluso, según se ha documentado, redacta anteproyectos de ley con esa finalidad (Aznar, 1960: 24-25). Solo con esa escisión cada uno de los espacios podría cumplir con sus verdaderos fines: Formar profesionales con saberes aplicados, y fomentar el conocimiento sin aplicación directa, respectivamente. Si bien luego señala que, por conveniencia, esa institución podría seguir llamándose Universidad, busca una transformación radical que ponga en el lugar que le corresponde a los saberes que debiese ser el fundamento de la Universidad: *“La enseñanza técnica no puede comprender los intereses culturales del país. La ciencia pura, las investigaciones científicas, las disciplinas que suelen llamarse desinteresadas, y que en realidad representan el interés más alto de la Nación. La filosofía, la historia, la literatura, las lenguas clásicas, deben constituirse en grado correspondiente a su jerarquía, que no es por cierto el que tienen en la Universidad actual”* (1949: 701)

La indeterminación de esas fuerzas es, para Korn, la de una juventud que, pese a su ímpetu, no ha logrado gestar aún un proyecto real de Universidad. Comprende su negatividad y tedio ante el mundo presente, pero cree que su inquietud espiritual no ha logrado canalizarse más allá de un lirismo

individualista que pronto cae en el pragmatismo circundante. Su desdén ante los valores viejos, sostiene, no ha ido acompañado de la creación de valores nuevos, transmutando su saludable interés en la problemática creación de ritos y capillas (1949: 202). Es decir, en nuevos dogmas que parecen refugiarse de la Universidad existente, en lugar de construir la nueva que el país requiere.

Las Humanidades por venir. Ante la desazón circundante, Korn clama por cierta dirección cultural que encauce a la juventud alzada. Sin ello, pareciera perderse, dentro y fuera de una Universidad, el potencial crítico y reformador del movimiento. La solución, evidentemente, no es simple, ya que el problema posee larga data. Si la Universidad que le resulta contemporánea no puede tener respuestas ante la crisis es, para Korn, síntoma de una falla de origen. A saber, el lugar subordinado que se le otorga a las carreras que no son útiles para la concepción positivista del desarrollo. Esto es, a las que construyen un saber puro y no aplicado. Y, dentro de ellas, a las Humanidades, las que se perciben aún más improductivas para el desarrollo que el estudio de la ciencia no aplicada.

Tras la problemática eliminación del estudio de la Filosofía y las lenguas antiguas de la enseñanza secundaria, narra Korn, su Facultad con dificultades. En un contexto inspirado por Comte y Spencer, a quienes considera los autores de la historia de la filosofía que poseen menor sensibilidad estética, no pudo haber tenido un rol central para la Universidad. Ya desde su origen, habría sido tal su incompreensión que solo se autoriza su creación porque creación es compensada con la simultánea fundación de la Facultad de Agronomía y Veterinaria. Condenada antes de existir, jamás pudo ser comprendida por instalar un tipo de estudio antagonista al economicismo imperante: *“Nació endeble, en un medio hostil, objeto de burla. El dogmatismo positivista, vulgarizado hasta lo chabacano, pervertía al consenso común hasta el extremo de considerar empresa nociva distraer a la juventud de un aprendizaje proficuo, En efecto: si la vida de la Facultad, en sus primeros años, transcurrió tan precaria, fue por no ofrecer a sus alumnos ningún aliciente económico. ¿Qué habían de hacer con los títulos anacrónicos que allí podían dárseles?”* (1949: 174)

Para Korn, existen ecos de este reclamo en su presente. La extrema izquierda y la extrema derecha se unen en un rechazo que jamás habría abandonado al cultivo de las Humanidades en Argentina. Ríe, por ello, de un autor que describe cierto exceso de Humanidades en la Universidad, a quien le pregunta si acaso en Agronomía se lee a Virgilio, si en Medicina se receta en latín o si en los Colegios Nacionales se considera a Nebrija, entre otros ejemplos (Korn, 1949: 630). Sin embargo, lo más problemático de la situación pareciera ser, para Korn, que incluso en su Facultad las Humanidades comienzan a renunciar a sí mismas, tendiendo progresivamente a prácticas profesionalizantes. En la Facultad, narra críticamente, cada vez se estudia más para el título y menos por el aprendizaje puro. Frente a ello, Korn defiende la existencia y transformación de la Facultad, aspirando, en el marco de la reforma, a una reestructuración de la Universidad que construya una nueva jerarquía comandada por las carreras que buscan un saber desinteresado. Antes que un conflicto de las Facultades, se trata de la tensión, harto más pobre, entre las carreras profesionalizantes y la Facultad que podría ir más allá de la profesionalización. O sea, la Facultad de Humanidades que Korn busca afirmar.

Con ello, Korn no aspira a una mera reivindicación gremial, que pudiera traducirse en una mejora de salarios, condiciones para la investigación o alguna otra medida parcial. Todo lo contrario, le otorga la misión de construir nuevos valores ante la crisis. Según el agudo comentario de Graciano (2014: 8), su objetivo es el de transformar el mecanicismo previo por una Universidad preocupada de la alta cultura. En ese sentido, el intérprete recién citado recuerda que es Korn el encargado de desarrollar los “cursos libres de cultura general” destinados a todos los estudiantes de la Universidad. Con ello, no solo habrían de existir cátedras desinteresadas, sino que incluso los estudiantes de carreras profesionales habrían de pasar, de modo irreductible, por el estudio de saberes desinteresados. El rendimiento que tal medida habría de tener no es la de suplementar algunos saberes profesionales con un eventual conocimiento de alguna materia filosófica, sino de dotar el necesario fundamento filosófico a los distintos saberes profesionales. Así, por ejemplo, explica la acrítica aceptación del positivismo jurídico

por la falta de indagación los principios últimos del derecho, lo que sería tarea del ausente estudio de la filosofía del derecho (1949: 466). Esta resulta imprescindible, pues sin ella es imposible pensar otra enseñanza y ejercicio del derecho, quedando así trunco el conocimiento del derecho y también la alternativa de formar abogados que puedan liderar las reformas que faltan. El saber humanista es capaz de cuestionar radicalmente los cimientos del orden establecido, y así ponerse del lado de lo nuevo, contra lo que resiste a perecer: *“Fuera del claustro se derriban viejos conceptos, germinan nuevas ideas, bulle la vida en almas jóvenes y las mentalidades académicas nada barruntan. Si luego los nuevos tiempos se anuncian con algunos aldabonazos recios, se sobresaltan e imaginan subvertido el orden cósmico porque les peligra su plácida quietud”* (Korn, 1949: 659)

Korn, por tanto, arguye que las Humanidades son un elemento decisivo de la superación de la crisis, y no porque puedan entregar un saber seguro ante sus preguntas, sino por su capacidad de instalar nuevas preguntas, impensables desde la lógica positivista del desarrollo. Allí, la filosofía, comprendida como el conocimiento de las posiciones y tensiones ante los problemas teóricos, antes que como un arsenal de respuestas ya ganadas (Korn, 1949: 717), puede forjar convicciones siempre dispuestas a volver a ser examinadas. Su singular saber, consistente en una posición crítica ante el saber, resulta necesario entonces para examinar las bases y fundamentar los fines de los distintos saberes profesionales que podrán gestar un nuevo desarrollo nacional en el incesante diálogo con lo que trasciende las fronteras. De este modo, los saludables entusiasmos reformistas habrán de canalizarse adecuadamente, y lograr la reforma de lo que existe dentro y fuera de la Universidad.

Es obvio, por cierto, que mucho de lo escrito sobre Korn puede resultar hoy problemático, desde su afirmación de la nación hasta el privilegio a las Humanidades que prolonga los privilegios políticos del arielismo que recorrió los procesos reformistas. La pregunta que debe hacerse ante su obra, sin embargo, quizás no es tanto la de si concordamos del todo o no con ella, sino, acaso inspirándonos en el mismo Korn, la de cómo ésta podría inspirarnos para un presente en el cual construir un espacio

político más allá de la figura de la nación, y unas Humanidades más allá de la figura de lo humano. En el marco del contemporáneo, y ciertamente urgente, debate sobre las Humanidades y su futuro (cfr. Nussbaum, 2010), debe afirmarse su siempre ubicuo lugar en la Universidad, mas no por su carácter productivo a los saberes del mercado -al modo de las jergas de las “competencias blandas”- sino en su capacidad de interrogación y disidencia ante la concepción economicista de la educación universitaria. En esa línea, Korn resulta un antecedente valioso para pensar en cierta política de la filosofía que habita su distancia ante la política y la economía interrogando a ambas, como parte de su infinito cuestionamiento a todo saber, incluyendo el de su propio discurso. Es claro que esta práctica requiere, suplementariamente, la militancia fuera de la Universidad, y Korn la tuvo. Más nos importa, sin embargo, concluir recordando el valor que puede hoy tener su filosofía para pensar más allá, o acaso contra, la lógica humanista de los valores que cree poder delimitar, de antemano, donde comienzan y terminar las Humanidades. La Universidad por venir, por tanto, ha de dibujarse, con y contra Korn, más allá de toda reforma, comprendiendo que su irrestricta afirmación de las Humanidades puede sino pasar, también, por estar contra de ellas, más allá de ellas: "En las Humanidades, se piensa que no podemos ni debemos dejarnos encerrar en el adentro de las Humanidades. Pero este pensamiento, para ser fuerte y consecuente, requiere las Humanidades. Pensar eso no es una operación académica, especulativa o teórica. Ni una utopía neutra." (Derrida, 2002: 75)

Bibliografía

- Altamirano, Carlos & Sarlo, Beatriz, 1997. “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”. En: Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia. Buenos Aires: Ariel, (S. 161-195)
- Aznar, Luis, 1960. “Alejandro Korn y la Universidad argentina”. Revista de la Universidad n°12, 24-45
- Derrida, Jacques, 2002, *La universidad sin condición*. Madrid: Trotta

Graciano, Osvaldo, 2008. *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina. 1918-1955*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes

_____, 2014, “Alejandro Korn y las humanidades en la Universidad Nacional de La Plata”. Archivos de Ciencias de la Educación, 1-16

Halperín, Tulio, 1962. *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba

Korn, Alejandro, 1949. *Obras Completas*. Buenos Aires: Claridad

Nussbaum, Martha, 2010. *Sin fines de lucro. Por qué la Democracia Necesita de las Humanidades*. Buenos Aires: Katz

Rama, Á. (1988). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca

Ramaglia, Dante, 2001. “El proyecto de modernización y la construcción de la identidad. Estructura categorial del discurso en las corrientes de pensamiento argentino (1880-1910)”, Tesis de Doctorado presentada en la Facultad de Filosofía y Letras

_____, 2007. “Alejandro Korn y la “normalización” de la filosofía”. En Clara A. Jalif de Bertranou (editora). *Argentina, entre el optimismo y el desencanto*. Mendoza: Instituto de Filosofía Argentina y Americana, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo (S. 63-83)

_____, 2010. “Condiciones y límites del proceso de institucionalización de la cultura filosófica argentina a comienzos del siglo XX”. *Solar* n°6, 13-39

Reyes, Alfonso, 1991. “Alejandro Korn”. En: *Última Tule y otros ensayos*. Caracas: Ayacucho, 1991 (S. 159-162)

Romero, Francisco, 1949. “Alejandro Korn”. En Alejandro Korn, *OC*

Romero, José Luis, 1983. *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Solar

Terán, Óscar, 2015. *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones. 1810-1980*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno